

Hombre en su arrastre/deja su rastro / y su roce / a su paso todo resulta rasado / habita en su racimo".

Con este texto poético, casi una declaración de principios, la artista chilena Alicia Larrain Chaux define el sentido de su muestra Rastros, una ambiciosa reflexión sobre el rostro y las huellas del largo camino humano sobre la Tierra. Toma para ello un prototipo emblemático, el que corona la figura del David, de Miguel Ángel, esa testa altiva, algo fría en su excesiva perfección, y lo deconstruye en diez paneles, todos iguales en su concepción y todos distintos en su ejecución.

La negrita con que cierra cada uno de los versos transcritos arriba, marca un sentido rítmico a la secuencia con la evidente alteración fonética que tendrá en los rostros y los rastros la persistencia de una idea: arrastre-rastro-roce-rasado-racimo. El andar, las huellas, las asperezas de ese devenir que hacen a cada ser un rostro único, encierra su historia y la de la humanidad.

La muestra de Alicia Larrain Chaux fue el punto de partida de un ciclo de "Mujeres Americanas" que tuvo lugar en el Museo Sivori como parte de un programa de integración artística con la nación hermana. Refuerza esta intención el hecho de que la curadora de la muestra es la consejera cultural de la embajada de Chile en Buenos Aires, Catalina Parra.

Cada uno de los diez paneles en donde Larrain Chaux trabaja sobre el David, evasivo como una máscara, es en rigor un tríptico. Por un lado, diez versiones del mismo rostro, sobre tela, a partir de los procedimientos pictóricos "tradicionales", para decirlo de alguna manera: óleo, pastel, acrílico, grafito, carbón, en donde a veces predomina el color violento y las formas orgánicas, de generosas texturas, y en otras ocasiones, leves chorreados, grafismos envolventes o violentas pinceladas de rojo sangre.

La imagen está diluida en la materia, desdibujada en su apariencia, "rasada", para usar sus palabras, en una morfología ambigua: "Un territorio móvil regido por una poética de la incertidumbre", según señala la escritora Diamela Eltit en la presentación de su catálogo.

La ambigüedad

A la izquierda de cada una de estas imágenes pictóricas, aparece la misma obra digitalizada, pero fragmentada, seccionada en lonjas como un código de barras, dispuestas en sentido vertical. Lo tecnológico reemplaza a lo manual y artesanal y – como en aquellas memorables secuencias de Blow Up, el filme de Antonioni – la apariencia cada vez más desdibujada, cuando más obsesiva es la búsqueda del rostro, diluye su esencia, la vuelve un punto impreciso, una indefinida marca hasta que, finalmente, su identidad se ha perdido en la nada.

Completando el tríptico – y la idea –, al pie de este contrapunto entre la pintura – rostro y su digitalizada fragmentación, aparece un pentagrama de gruesas barras de pintura en blanco y gris dispuestas horizontalmente como las líneas de un pentagrama musical, testimonio de "el rastro que el hombre va dejando sobre la Tierra", estableciendo una "relación dual entre el hombre y la Tierra".

Al respecto, observa Diamela Eltit que con ello la artista chilena busca un referente en la música. La obra, entonces, "se desplaza en una cinta infinita que, a la manera del pentagrama musical, da cuenta – metafóricamente- de la economía en la que se funda el léxico musical", lo que a su vez "permite, nitidamente, que las imágenes del rostro se modulen una y otra vez" (...) porque el rostro no es más que un conjunto armónico o desarmónico de tonalidades que son operadas por la emotividad histórica y biográfica que cada uno porta en su particular humanidad"

Es así que la compleja urdimbre intelectual que guía los pasos de Alicia Larrain se cierra como un círculo Zen y hace de la ambigüedad su desafío más fuerte. Un rostro de apariencia incierta, un doble digital que lo vuelve código, huellas rasando la Tierra en las líneas de un pentagrama musical: Alicia Larrain arriesga desde lo visual una metafísica de la existencia.